

y los notables no podían olvidar las antiguas tradiciones de las expediciones aventureras de sus antepasados. La ciudad de Lyon, capital romana y completamente romanizada, no quiso adherirse al movimiento, ni tampoco lo secundaron los treverinos, lingones y los pueblos y municipios de la cuenca del Rin, porque estaban vigilados y dominados por las legiones romanas, que solo obedecían a sus jefes. En cambio fué Vienne el centro principal de la sublevación armada, a la cual se agregaron con gran entusiasmo muchas comarcas de la provincia Narbonense, Clermont-Ferrand, los eduos y los recuanos. En poco tiempo estuvo alzado todo el país desde los Pirineos hasta la Bélgica, de suerte que Vindex pudo reunir sin gran trabajo y con gran rapidez un ejército de 100,000 milicianos galos.

Esto era poco para salir victorioso en una lucha con el imperio si no se agregaban al movimiento algunos de los grandes capitanes generales de las provincias occidentales con sus legiones. Por lo pronto solo uno encontró dispuesto a dar la mano a Vindex, a saber, el anciano Servio Sulpicio Galba, gobernador general de la España septentrional. Este hombre de Estado descendía por su padre como por su madre, Mumia Acaica, de las familias más antiguas y más nobles de Roma. Nació el 24 de diciembre del año 5 antes de nuestra era. Por su madrastra Livia Ocella entró en parentesco con la anciana Augusta Livia, que le tenía mucho cariño, y en relaciones estrechas con la corte. Así llegó a ser gobernador general de Aquitania, después en el año 33 cónsul, y luego otra vez gobernador general de varias provincias, especialmente desde 39 hasta 41 del Alto Rin. Distinguióse en el estado mayor de Claudio en la conquista de Inglaterra, posteriormente en Africa y en los años 45 y 46 como prócónsul. En todas partes había probado su pericia militar y adquirido justo renombre con su disciplina severa y su administración correcta y económica. Desde el año 60 gobernaba la provincia tarraconense, gozando de mucha y merecida fama y habiendo adquirido una riqueza inmensa. Todo esto unido a su avanzada edad hizo que no se decidiera desde luego por el proyecto de Vindex; pero su conducta vacilante llamó la atención en Roma, y a principios de abril supo con certeza que Neron había enviado a España un agente con orden de matarle. Esto bastó para que Galba se pronunciara en los primeros días del mismo mes, é imitando el proceder de Vindex, invitó a sus tropas a jurar fidelidad al Senado y pueblo romano. Las tropas, y esto revela su disposición y el espíritu que en ellas reinaba, así como el rumbo que tomaron los sucesos, abandonaron a Neron, pero no el régimen imperial, porque proclamaron emperador a Galba. Este por el momento no aceptó, continuando como Vindex partidario del programa republicano, pero hizo grandes y nuevos armamentos. Tenía en su provincia solamente una legión, la sexta, llamada *Victrix*, tres cohortes de tropas auxiliares y dos cuerpos de caballería; a estas fuerzas agregó dos nuevas legiones, que formó en parte con soldados de marina y varios cuerpos de infantería ligera de naturales del país no romanizados. Después convocó una reunión de notables, formóse una guardia imperial de hombres de familias distinguidas é invitó a los gobernadores de las demás provincias a asociarse a su causa. Asociáronse en efecto, Oton, gobernador general de Lusitania, y Cecina, gobernador de Bética. Lo mismo hizo el capitán general de Africa, L. Clodio Macer, que adoptó el título de *propraetor* y para su legión el de *Libertadora*.

La primera noticia que Neron recibió del levantamiento de Vindex no hizo gran mella en él, porque una revolución que solo contaba con milicias provinciales no era en realidad un peligro trascendental, y Neron se contentó por lo pronto

con declarar a Vindex fuera de la ley y llamar las tropas que desde el Rin, desde Inglaterra y desde el Danubio se dirigían a Levante para tomar parte en una campaña contra los sármatas ó contra los habitantes del Cáucaso. Cuando a mediados de abril llegó la noticia del pronunciamiento y proclamación de Galba, ya fué otra cosa; Neron entonces se alarmó manifestamente; perdió su aire de seguridad, le abandonó la serenidad y sus resoluciones reflejaron el estado indeciso y confuso de su ánimo. Declaró a Galba fuera de la ley; se encargó del consulado, ordenó armamentos varios, organizó una legión de marina, llamó tropa de marina a la capital y proyectó las disposiciones más singulares sin saber por cuál decidirse. Es posible que el inmenso odio que se le tenía y que se aumentó después de su caída, haya sido causa de que se le atribuyeran en este período de su vida locuras y necedades en que no hubiese siquiera pensado; pero es indudable que el indigno y sanguinario sucesor de los césares sintió la aproximación de la hora del castigo. No era hombre para hacer cara a la suerte adversa, ni tratar siquiera de desviarla; las noticias lúgubres que en la sobreexcitación de los ánimos corrieron de boca en boca, repetidas y aumentadas probablemente con celo siniestro por sus enemigos, le llenaron de tanta angustia, que perdió toda serenidad y con demasiada precipitación lo dió todo por perdido, cabalmente cuando contra todo lo que se esperaba, se derumbaba súbitamente la terrible sublevación de la Galia, y cuando Galba en España se sentía dominado igualmente por angustias mortales.

La causa de este cambio fué la actitud del gran ejército del Rin. Mandaba en Colonia el capitán general (legado del emperador) desde el año 59, Fonteyo Capiton, y en el Alto Rin desde 63 el honradísimo y nobilísimo L. Virginio Rufo. Este por su proximidad al foco revolucionario se hallaba en el caso, antes que nadie, de atacar y sofocar la sublevación y así lo hizo sin demora. Con su ejército, reforzado notablemente por los contingentes del Bajo Rin hasta el número de 30,000 hombres, marchó al país de los secuanos, cuya capital Besanzon (Vesontio) se dispuso a sitiarse. Vindex, que estaba sitiando a Lyon, acudió con numerosas fuerzas a socorrer aquella ciudad importante a orillas del Doubs. Delante de la plaza tuvieron los dos generales una entrevista; pero cuando los centuriones y soldados del ejército del Rin, que ningún odio tenían ni a Neron ni al régimen imperial, vieron que Rufo y Vindex habían llegado a entenderse, pues que las milicias celtas iban a entrar en la ciudad, se opusieron a ello de su propia autoridad con las armas en la mano, y entonces la lucha se generalizó sin que Rufo ni Vindex pudieran hacerse obedecer. Fué una reyerta de soldados que tomó en un instante las proporciones de una batalla general y tan encarnizada que 20,000 milicianos galos murieron en la pelea, y el desgraciado Vindex viendo su ejército aniquilado, se suicidó.

Galba también se dió por perdido, porque se convenció de que en su territorio y ejército cundía el deseo de invocar el perdón del emperador Neron; de suerte que desesperado se retiró a Clunia, mientras su ejército, mandado por T. Vinio, su hombre de confianza, conservaba sus posiciones al pie de los Pirineos, y un emisario suyo llegaba con la contestación de Virginio Rufo al cual había invitado a hacer causa común con él. De situación tan apurada salvaron a Galba primero la irresolución y el desaliento de Neron, y luego la actitud de Virginio Rufo al cual sus tropas después de la batalla a las puertas de Besanzon, cuando tuvieron que decidirse entre el emperador y su general, tan comprometido por su inteligencia con Vindex, se decidieron por su jefe inmediato y proclamaron emperador a Rufo. Este,

sin embargo, hombre de cuna noble pero modesta, personalmente sin ambiciones elevadas y quizás partidario de la república, renunció la dignidad imperial y se declaró por el restablecimiento de la autoridad del Senado para que este después nombrara si lo juzgase conveniente un nuevo jefe militar supremo.

Con esto quedó perdida la causa de Neron en todo el Occidente desde Cádiz hasta el Rin y más allá, porque las legiones estacionadas en la cuenca del Danubio se habían puesto por medio de mensajeros en comunicación con Virginio Rufo; en el Oriente ardía la guerra; y las tropas que se hallaban en Italia, entre las cuales figuraba la legión XIV procedente de Inglaterra, y muchas secciones que Neron había llamado del Danubio, no eran ni con mucho suficientes para luchar en caso de guerra con las fuerzas del Occidente. El Senado también cobró ánimo, y de las tropas enviadas a defender los pasos de los Alpes, se separó un cuerpo bático que tomó la dirección del Norte para volverse a Inglaterra de donde había sido llamado. El pueblo de Roma estaba descontento, y la llegada de un buque que se esperaba con trigo y que llevó un cargamento de arena del Nilo que el emperador había pedido para las luchas de sus atletas, exasperó en aquel momento al pueblo hasta un grado peligroso.

Las circunstancias parecían tender al restablecimiento de la antigua autoridad del Senado, cuando un audaz jefe militar dió a la situación en la capital un nuevo rumbo que dejó aislado a Neron, é hizo perder al Senado la ocasión de recobrar su imperio.

Todo dependía de la actitud de la guardia pretoriana; pero aunque algo descontenta de Neron por la preferencia que mostraba a la guardia germana, y acaso también por algunas irregularidades en el pago de la soldada a consecuencia de la penuria de los últimos años, se mantuvo más fiel al emperador que sus dos jefes Tigelino y Numpidio Sabino. El primero, hombre perverso, viendo la causa de su amo perdida, dejó desarrollarse libremente todas las intrigas, y el segundo, carácter brutal, y que según voces era descendiente del emperador Cayo, conspiró directamente contra Neron. Viendo que el Senado, tales como estaban las cosas, proclamaria la república, tan luego como Neron desapareciera de

la escena a consecuencia de la sublevación de los generales del Occidente, quiso asegurarse un elevado puesto a la sombra de un nuevo emperador, y acaso suplantar a este a la primera ocasión favorable. A este fin púsose en relación con algunos adversarios del emperador de la clase senatorial, en especial con Cingonio Varron; y cuando Neron en su desaliento le comunicó su propósito de refugiarse en Alejandría, Numpidio le aconsejó que se ocultara en los jardines servilianos, situados a orillas del Tíber y junto a la carretera de Ostia. Cuando le tuvo allí, se dirigió con una comisión del Senado a la ciudadela para excitar a los soldados diciéndoles que el emperador los había abandonado huyendo de Roma. Con esto, y prometiendo a cada uno en nombre de Galba un donativo de 30,000 sesteracios (8,156 pesetas) consiguió que se pronunciaran a favor de Galba, que entonces ignoraba en qué compromiso tan liberal y loca promesa le ponía.

El Senado, en vista de la proclamación de Galba por la guardia imperial, renunció sin esfuerzo a sus esperanzas republicanas y reconoció al general por emperador. Neron entre tanto, al verse abandonado de todos excepto de algunos esclavos y libertos fieles, y aun de las guardias que hasta entonces habían estado de centinela delante de su asilo, fué presa de terrible angustia, y solo pensó en huir y ocultarse en otra parte, y eso que ignoraba todavía que el Senado le había declarado fuera de la ley como enemigo de la patria, y condenado a la muerte más ignominiosa «al estilo antiguo», cuya pena consistía en ser azotado cruelmente atado a un poste y después decapitado. A la noche siguiente, cuyas tinieblas solo alumbraban algunos lívidos relámpagos, trasladóse a caballo y disfrazado a la quinta de Faon, uno de sus fieles libertos, situada cuatro millas al Nordeste de la capital, junto al camino de travesía que unía las calzadas de Salario y Nomentano. Llegado que hubo allí, supo la suerte que le había destinado el Senado; y cuando por la mañana del 9 de junio del año 68 oyó de lejos el galope de los caballos de los guardias enviados por el Senado en su busca, resolvióse a morir, y con el auxilio del liberto Epafródito hundiéndose un puñal en el cuello. Así murió el último César de la familia Julia-Claudia.

PARTE SEGUNDA

EL IMPERIO ROMANO DESDE GALBA HASTA MARCO AURELIO

CAPITULO PRIMERO

EL PERIODO DE LAS GUERRAS DINÁSTICAS

La capital del mundo aceptó sin oposición la proclamación del nuevo emperador. La alegría de cuantos habían sufrido las consecuencias del despotismo sanguinario del emperador difunto fué grande y subió de punto a cada disposición vengativa del Senado, el cual apenas se ocupó más que en borrar todo lo que podía recordar el funesto reinado de Neron. Sin embargo los restos mortales de este fueron depositados con todos los honores en el sepulcro de los Domicios en el monte Pincio, más arriba de la iglesia actual de Santa María del Pueblo, gracias a la condescendencia de Icelo, liberto y

privado del nuevo emperador, que todavía estaba en España. Icelo fué en seguida a participar a Galba su proclamación y la muerte y sepultura de su predecesor, y tan rápido fué su viaje, que llegó en siete días a Clunia y a presencia de su amo que recibió la confirmación de esta noticia dos días después por el general Vinio. Entonces cesó toda indecisión y temor en Galba, el cual ya no pensó más que en ponerse cuanto antes en camino para tomar el gobierno del imperio é instalarse en la capital. Allí se le esperaba con ansia, porque no se sabía todavía cómo tomarían este cambio el ejército del Rin, el de Asia, el de Iliria y el de Africa. Todo esto dependía del tacto y talento del nuevo emperador, el cual por desgracia dió pronto pruebas de que en política era hombre muy mediano y de carácter mezquino.

Era ya un mal para Galba y para el imperio que su elevación no hubiese sido precedida de alguna empresa notable é imponente, y que solo fuese debida á sus méritos antiguos, al respeto á su noble linaje, y en último resultado á la casualidad. Galba no tenía en su persona nada de la majestad mágica de un emperador, ni había en su carácter nada que sojuzgase é impusiese á sus contrarios, ni que entusiasmase á sus amigos. Era un militar excelente y severo, y en asuntos de gobierno enteramente prosaico. Apenas instalado, fué su primer cuidado recompensar á todos aquellos que habían coadyuvado á su elevación, y castigar ó reducir á la impotencia á los que hasta el último instante habían quedado fieles á Neron ó habían vacilado en reconocer el nuevo estado de cosas. Su comportamiento en su viaje desde España á Italia, al pasar por la Galia en el mes de julio del año 68, tuvo resultados poco halagüenos é inmediatos. En su afán de recompensar, hizo magníficos funerales en honor de Vindex que había muerto en cierta manera por su causa; á todas las comarcas galas que habían tomado parte en la sublevación condonó la cuarta parte de la contribución, y en los municipios donde solo las familias notables habían gozado hasta entonces del derecho de ciudadanía romana, extendió este privilegio á todos los vecinos. La ciudad de Vienne fué la mas favorecida. En cambio trató duramente á los que no habían querido abrazar el partido de Vindex, como la ciudad de Lyon, los lingones y los de Tréveris, que además de otros rigores fueron castigados con muchas confiscaciones, lo cual ensoberbeció al elemento celta y excitó la ira de las legiones del Rhin. Estas legiones, hasta el último momento habían esperado que su general Virginio Rufo no reconociera á Galba, y se proclamaria al fin emperador; pero Rufo por el contrario exigió que sus tropas juraran fidelidad á Galba. Lo consiguió en efecto, pero fué con exposición de su vida, y esto que Fabio Valente, que mandaba la legión I, llamada Germánica, tenía ya preparada por lo menos esta legión para prestar el juramento. Luego cuando Rufo se presentó á Galba, tuvo este el poco tacto de llevarse consigo por desconfianza, si bien con formas honrosísimas y nombró para su puesto al viejo y débil Hordeonio Flaco, y para mayor decepción calificó casi como un delito la batalla de Besanzon porque la habían librado sin orden de su jefe, cuando los legionarios creían haber salvado con ella el imperio. Todo esto excitó en aquellas legiones un coraje, que mas adelante dió resultados sangrientos. Por lo pronto no dudaron de que Galba las quería mortificar adrede y les reservaba otras humillaciones.

Al principio todo parecía sonreír al nuevo emperador; las legiones en las provincias danubianas le juraron fidelidad sin resistencia, y Vespasiano envió expresamente á su hijo Tito á Roma para felicitarle por su elevación y recibir sus órdenes respecto de la guerra contra los judíos. Solo el gobernador general de Africa, Claudio Macer, se obstinó en no reconocer á Galba aun despues de haberle reconocido el Senado; formó nuevos cuerpos de ejército y hasta tomó disposiciones para impedir los envíos de cereales á la capital del imperio desde los puertos africanos; pero su gobierno era tan malo, que nadie se levantó para vengar su muerte cuando Galba hizo de modo que antes de espirar el año 68 fuese asesinado por la segunda autoridad de la provincia, el gobernador civil (procurador) Trebonio Garuciano y sus oficiales. Con esto se disolvieron inmediatamente los nuevos cuerpos de tropa que Macer había creado.

Mientras Galba se dirigía á marchas lentas desde la Galia á la capital del imperio, no era en ella muy halagüena la situación política. Las opiniones eran diversas y no llegaban á conciliarse: las masas echaban de menos al emperador

generoso y que divertía el pueblo además con incesantes y suntuosas fiestas, mientras sentían duramente el encarecimiento del pan á consecuencia de las disposiciones de Macer respecto de los envíos de trigo; el Senado por su parte y toda la clase aristocrática se sentían dueños por el momento de la situación y meditaban vengarse de todas aquellas personas que pasaban por causantes de las sentencias de muerte y destierro del reinado de Neron, y finalmente los muchos desterrados se preparaban á regresar á su patria. En esta situación quiso suscitar una nueva y terrible complicación el ambicioso y brutal jefe pretoriano Numpidio, complicación que por fortuna no tuvo mas resultado que hacer perder la vida á su autor. Despues que su compañero Tigelino hubo caído en completo descrédito, trató Numpidio de ganar las simpatías del cuerpo que mandaba aflojando el rigor del servicio, para servirse de aquellas tropas en el momento oportuno segun la actitud que observaría para con él el nuevo emperador. Para tantear el ánimo de Galba, envió á cumplimentarle y enterarle de la situación á su amigo Geliano, el cual á su regreso le dijo que Galba no quería mas consejeros que Icelo, Vinio y Cornelio Laco, y que había ya nombrado á este último jefe de la guardia. Al oír Numpidio estas noticias determinó probar fortuna y hacerse proclamar emperador por la guardia; pero esta contestó á sus insinuaciones, acuchillándole sin mas ceremonias. Al saber Galba lo ocurrido, dispuso, estando todavía en camino, que fueran ejecutados tambien el amigo de Numpidio, el ya mencionado Cingonio Varron, y el general Petronio Turpiliano que hasta el último instante había permanecido fiel á Neron, y á quien este había designado para mandar el ejército que debía marchar contra Galba.

A fines de setiembre ó principios de octubre del año 68, llegó Galba á la vista de la capital. Su entrada en ella fué lúgubre. Cuando hubo pasado el Tiber por el puente Milvio á cosa de 5 kilómetros al Norte de Roma se le presentaron los soldados de marina que Neron había constituido en legión, y le suplicaron que les reconociese como legionarios y admitiera su legión formalmente en el cuadro de las tropas de línea. Galba aplazó su decisión y el aplazamiento suscitó entre aquellos soldados un tumulto que convenia sofocar al instante, á cuyo fin Galba mandó á su caballería una carga que hizo entre ellos gran matanza. Sobre montones de cadáveres entró pues Galba en la capital, y desde entonces perdió tambien el afecto de la legión Adjutrix que él mismo había formado en España de soldados de marina, los cuales lamentaron la muerte de sus camaradas acuchillados por la caballería de Galba ante las puertas de Roma.

Por su desgracia cometió el emperador otras torpezas que impidieron la consolidación de su reinado.

Para acabar con las revoluciones y dar al imperio la tranquilidad interior que necesitaba había sido menester un director que hubiese estudiado y comprendido la causa de los males profundos que el gobierno de Neron había llevado consigo, y que hubiese tenido el talento creador para emprender la reconstrucción del edificio político y social segun un plano fijo y bien calculado; una cabeza que hubiese dirigido el timón de la nave del Estado con mano firme, cuya inteligencia superior se hubiese hecho notar en todas partes y á todas horas y sobre todo en el lugar y momento oportunos y hubiese sabido unir la benevolencia humanitaria á la energía y al rigor del que manda. Galba no reunía estas cualidades tan indispensables, y por tanto no estaba de ningún modo á la altura de la situación. Era un militar rígido y severo, que deseaba promover el bien del imperio, hacer justicia y curar los males que su predecesor había causado, pero á quien faltaban el tacto, la penetración y habilidad

indispensables para dominar la situación, para conocer á los hombres y atraérselos. Tomó muchas disposiciones que demuestran su buena voluntad, sobre todo las encaminadas al puntual abastecimiento de la capital, y se rodeó á este fin de personas idóneas, como lo patentiza entre ellos el llamamiento á Roma del eminente y erudito español M. Fabio Quintiliano. Se desveló tambien por restablecer sobre bases sólidas la hacienda pública, espantosamente desorganizada, porque era personalmente como otros miembros de su familia sumamente económico, pero esta virtud le fué funesta en la situación en que se hallaba colocado, porque se enajenó la voluntad de las masas, mimadas por sus predecesores, y la de las clases altas, porque su corte fué la de un militar práctico, enemigo de todo fausto inútil. Tambien le hizo muchos enemigos la rudeza con que reclamó la restitución de una parte de los regalos y donativos enormes que su predecesor, Neron, había prodigado en Italia y Grecia; medida dura, pero necesaria á causa del mal estado de la hacienda. Finalmente tuvo la desgracia de rodearse de consejeros indignos é ineptos, que desacreditaron su gobierno, principal y cabalmente en lo relativo á la hacienda. El ya mencionado liberto Icelo Marciano, á quien elevó á la categoría de caballero, tuvo peor fama que los libertos de Neron en materia de intereses. T. Vinio, si bien excelente militar, traficaba con todo; y como no aprendió nunca á conocer á los hombres comprometiéndose á cambio de grandes sumas de dinero á salvar de toda persecución y castigo á monstruos sanguinarios como el infame Tigelino. Lo peor era que mientras los unos quedaban impunes, otros odiados instrumentos de Neron, como la Locusta, y los algun día tan poderosos libertos Helios y Policlito fueron ejecutados sin apelación, y hasta fué destituido de la dirección de policía el honradísimo Sabino, hermano de Vespasiano. Por otra parte hizo malísima impresión que Galba nombrara jefe de la nueva legión VII ó Galbiana, creada en España y llamada despues Séptima Gémina, al joven M. Antonio Primo, galo-romano de Tolosa que en el año 61 había sido condenado por el tribunal senatorial á la deportación y confiscación de sus bienes por complicidad en la falsificación de un testamento. Hay, sin embargo, que decir que bajo el punto de vista militar era este nombramiento acertadísimo.

Con su economía enajenóse Galba tambien la simpatía del ejército. Nadie tuvo lástima de la guardia germánica que Neron había formado para la seguridad de su persona, y á cuyos soldados Galba licenció y envió á sus casas sin indemnización alguna; pero lo que causó un profundo disgusto, que produjo amargos frutos cuando se amontonó contra Galba una terrible tempestad á orillas del Rhin, fué que, no por avaricia sino por serle materialmente imposible, no pagara á la guardia pretoriana y á las legiones el donativo escandaloso que Numpidio les había prometido. Galba, al negarse al pago, dijo sin ambages que él no compraba sus soldados. Añádase á esto que nada absolutamente hizo para entusiasmar á favor de su persona á la guardia pretoriana, lo cual si hace honor á su carácter recto, no era prudente ni político. Tambien el importantísimo ejército del Rhin fué tratado por el emperador con imperdonable torpeza, como ya hemos dicho antes. Allí había alcanzado súbitamente la muerte al legado Fonteyo Capiton. Un centurion, se dice, le había asesinado á excitación de los generales Cornelio Aquino y Fabio Valente, porque habían sabido que quería sublevarse contra Galba. Este dió mas consistencia á la acusación no ordenando una información exacta; mas para contentar á aquellas tropas determinó enviarles un general en jefe que tuviese la dignidad de cónsul. Su privado Vinio le recomendó para este puesto á Aulo Vitelio, porque siendo conocido

por amigo de la buena mesa y de todos los placeres materiales, como protegido de Neron que había sido, no inspiraba ningun temor de que abrigara planes ambiciosos.

Este Aulo Vitelio descendía de una familia plebeya de Lucera en la Pulla, que empieza á figurar en la historia con el caballero Publio Vitelio, el cual en tiempo de Augusto tenía el cargo de gobernador civil (procurador). Uno de sus hijos, Publio, fué delegado de Germánico, y otro, Lucio, funcionario elevado en los reinados de Tiberio y Claudio, y al propio tiempo cortesano flexible, adulador y sin conciencia de este último emperador, de sus mujeres y de sus ministros. A este hombre dió su excelente esposa Sextilia dos hijos, de los cuales el mayor era Aulo Vitelio, que había nacido el 24 de setiembre del año 15 en el palacio de su padre en el monte Aventino. Crióse en la corte de Tiberio y aprendió como su padre á adaptarse al genio de todos los emperadores que se sucedieron, especialmente al de Neron, á quien supo lisonjear por el lado de sus aficiones musicales; todo lo cual le valió el consulado en el año 48 y el proconsulado



Vitelio

en Africa en el año 59, sin contar otros cargos distinguidos. Su afición á los placeres de la mesa al estilo á la vez grosero y refinado de su tiempo, le había hundido en deudas tan grandes, que le costó trabajo encontrar el dinero necesario para emprender el viaje á su nueva residencia de Colonia, y conseguir que sus acreedores le dejaran salir de Roma.

En el ejército del Rhin era ya muy peligroso el espíritu que dominaba, y grande el rencor que se tenía á Galba, principalmente por falta de un jefe que fuese simpático á los legionarios y á sus oficiales. A esto se agregaron las instigaciones maliciosas de los pueblos celtas vecinos contra Galba, que los había castigado tan duramente por no haberse declarado á favor de Vindex. En general estaban cansadas las legiones de la vida que allí llevaban, teniendo que pelear siempre con salvajes en las selvas de la inhospitalaria Germania, y deseaban una guerra civil que les permitiera, combatiendo con milicias provinciales no aguerridas, ser alojados en las comarcas ricas de la Galia, civilizada ya, donde podían vengarse de los partidarios de Vindex, hacer daño á Galba, saquear las haciendas y pueblos que le eran adictos, y disfrutar finalmente las ventajas que los vencedores habían concedido á los veteranos en las guerras civiles anteriores. Para todo esto solo faltaba un pretendiente y el mismo Galba se lo envió en la persona de Vitelio, el antiguo amigo de Neron, el cual efectivamente apenas hubo llegado, comprendió todo el partido que podía sacar de su nuevo cargo, y desde luego supo merecer en poquísimo tiempo con su tolerancia, complacencia y perfecta llaneza, el dictado de «amigo del soldado.»

Estaba Vitelio celebrando un banquete en la noche del 1.º de enero del año 69, en su palacio de Colonia, cuando le llevaron la noticia de que aquel mismo día, en el cual segun costumbre antigua todas las fuerzas romanas renovaban al emperador reinante el juramento de fidelidad, las legiones